

El Pez y la Flecha. Revista de Investigaciones Literarias,
Universidad Veracruzana,
Instituto de Investigaciones Lingüístico-Literarias, ISSN: 2954-3843.
Vol. 5, núm. 12, mayo-agosto 2025, Sección Flecha, pp. 103-117.
doi: <https://doi.org/10.25009/pyfril.v5i12.216>

“Poeta petardo y crítico... con cataratas”: una
invektiva contra Ramón López Velarde
en *Veracruz Moderno* (1909)

“Poeta petardo y crítico... con cataratas”: An
Invective Against Ramón López Velarde
in *Veracruz Moderno* (1909)

Pablo Sol Mora
Universidad Veracruzana, México

ORCID: 0000-0001-5887-4374
psol@uv.mx

Recibido: 12 de julio de 2024
Dictaminado: 30 de octubre de 2024
Aceptado: 14 de febrero de 2025



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 2.5 México.

“Poeta petardo y crítico... con cataratas”: una
invektiva contra Ramón López Velarde
en *Veracruz Moderno* (1909)

“Poeta petardo y crítico... con cataratas”: An
Investive Against Ramón López Velarde
in *Veracruz Moderno* (1909)

Pablo Sol Mora

RESUMEN

El 7 de marzo de 1909, en *Veracruz Moderno*, suplemento dominical del periódico *La Opinión*, apareció una dura crítica contra un joven poeta entonces desconocido: Ramón López Velarde. El crítico desmenuza el poema juvenil “Canonización”, luego incluido en *La sangre devota*, y una reseña sobre el poeta Juan B. Delgado, ambos aparecidos en la revista *Nosotros*. Este artículo da a conocer y examina dicha crítica, hasta ahora ignorada u olvidada, la primera que se hizo en contra de quien se convertiría en uno de los mayores poetas mexicanos del siglo xx.

Palabras clave: López Velarde; *Veracruz Moderno*; petardo; crítica; “canonización”.

ABSTRACT

On March 7, 1909, in *Veracruz Moderno*, *La Opinión*'s sunday supplement, was published a harsh critic against an unknown young poet: Ramón López Velarde. The critic tears apart the poem “Canonización”, afterwards included in *La sangre devota*, and a review on Juan B. Delgado, both published in the magazine *Nosotros*. This article examines this unknown or forgotten criticism, the first made against who would become one of the majors poets of Mexico in the 20th century.

Keywords: López Velarde; *Veracruz Moderno*; Lame; Criticism; “Canonización”.

En marzo de 1909, Ramón López Velarde es un joven poeta de veinte años que apenas ha publicado un puñado de poemas, artículos periodísticos y reseñas de crítica literaria en revistas y diarios de provincia, notablemente en Aguascalientes. El año anterior ha sido decisivo en su vida: se ha trasladado a San Luis Potosí para estudiar Derecho en el Instituto Científico y Literario; ha fallecido su padre, don Guadalupe López Velarde; y ha publicado en *Kalendas*, pequeña revista de Lagos de Moreno, un poema, en el que ha mencionado por primera vez a su musa: “Elogio a Fuensanta”. Faltan todavía cinco años para que se mude definitivamente a la Ciudad de México y comience a hacerse conocido en los medios literarios capitalinos; siete para que publique su primer libro, *La sangre devota* (1916), y diez para su obra maestra, *Zozobra* (1919). Para esas fechas, no faltarán críticas a López Velarde. Sin embargo, ninguna recibida en vida fue tan dura y sarcástica como, hasta donde sé, la primera que se hizo en su contra y que ha permanecido olvidada o desconocida por los críticos lopezvelardeanos. Se trata de una columna, “Charla Literaria”, titulada “Nosotros y él”, aparecida en el suplemento dominical *Veracruz Moderno* del periódico *La Opinión*, el 7 de marzo de 1909 –actualmente consultable en la Hemeroteca Nacional Digital de México–, aunque no es descartable que haya aparecido también en algún otro periódico de la época, dados los intercambios y reproducciones habituales. López Velarde nunca hizo alusión a ella y es posible que ni siquiera se haya enterado de su publicación. Darla a conocer y examinarla someramente es el propósito de este artículo.

La Opinión fue un periódico del puerto de Veracruz que se publicó entre 1904 y 1913. Se imprimía en los talleres de “La Moderna”, de la Compañía Veracruzana de Publicidad. Fue fundado y dirigido por el ingeniero Francisco S. Arias, crítico de Porfirio Díaz y luego opositor a Victoriano Huerta, que nació en 1876 y murió prematuramente en Nueva York, antes de cumplir los cuarenta años, en

1916 (Anónimo, 1916, p. 34). Entre febrero y junio de 1909, *La Opinión* publicó un suplemento dominical titulado *Veracruz Moderno*, “semanario de actualidades”, ilustrado con fotografías y notas sociales, deportivas y culturales. En el número del 7 de marzo de 1909, apareció la mencionada “Charla Literaria”, que transcribo.¹

Nosotros es una flamante revista de artes y letras que ha lanzado a los cuatro vientos de la publicidad, en Aguascalientes, el inspirado poeta Eduardo J. Correa.

¿Y él? —preguntará el lector.

Pues él es un señor Ramón López Velarde; poeta él; crítico él y pedante él.

Poeta creo que no lo sea, aunque publique “Canonización” y se firme Ramón López Velarde.

Y no lo creo por dos razones: Primera: porque “Canonización” no es poesía ni va para allá, como luego veremos. Segunda: porque aunque se llame Ramón, en nada se parece (en lo de poeta, se entiende) a don Ramón de Campoamor; porque aunque se apellide López se queda tras de López de Ayala y, por lo de Velarde, no llega ni a cuarto de poeta con el aplaudido autor de *La venganza*.

En cuanto a crítico, tampoco resulta; viene a ser un Valbuena con peluca y dientes postizos; un fray Candil con muletas, o un Luis Bonafoux con espejuelos ahumados.

Pedante sí que lo es: basta leer su ditirambo al “Paisaje leonés” del libro *Nicaragua* de Juan B. Delgado, y “Canonización”, que aparece en el frontis de *Nosotros* para conocer los puntos que calza el buen señor.

Si mis lectores no han leído una y otra cuasi cosa, allá va ello.

Comienza “Canonización”:

Primer amor, tú vences la distancia.

(Telegrafía sin hilos y sin... resonancia).

Fuensanta, tú recuerdo me es propicio.

¹ Señalo entre corchetes palabras ininteligibles o supuestas.

(Aquí se acuerda uno de muchas cosas, menos de *El loco Dios* de Echegaray).

Me deleita, de lejos, la fragancia

(Muchas lejanías; asunto de perspectiva).

que en la noche se exhala de tus tiestos,

Esto es “hacer aguas” fuera del traste, porque esos tiestos no sabemos si son del primer amor, de Fuensanta, del recuerdo, o de la fragancia.

Si son del primer amor, se quedan en vidrios rotos; si de Fuensanta, en orinal (con perdón de los lectores); si del recuerdo, en teodolito... porque vence en la distancia, y si de la fragancia, en botamen de farmacia.

Pero sigamos con “Canonización”:

y pagando tan grande beneficio
te canonizo en estos...

(Aquí es fuerza quebrar el verso para aconsonantar con los perdurables tiestos).

endecasílabos sentimentales.

¡Vaya una manera de pagar! Con malos versos y peores razones.

Porque eso de pagar con una canonización antipapal de don Ramón al primer amor, que vence la distancia; a Fuensanta, porque su recuerdo es propicio; y por el deleite de percibir de lejos la fragancia que en la noche “se” exhala de unos tiestos que no se sabe a quién pertenecen, es mucho pagar; menos se paga por “ver” un cinematógrafo y se miran cosas más variadas, más vistosas y de mejor... beneficio. El chiste está, sin duda, en que la canonización viene por arte de magia, es decir, por unos endecasílabos que son rematadamente malos, aunque sean sentimentales, según afirma el poeta.

Sigue la “cumbia”, que dice Emilio Bobadilla:

A tu virtud mi devoción es tanta

(Será por tu virtud; “a tu virtud” no es castellano ni Cristo que lo fundó).

que te sueño en altar...

¡Alto allí, poeta! ¿Cómo es ello? ¿Sueña usted durmiendo a piernas suelta sobre un altar como cualquier sacristán impenitente?... No se entiende... ni venciendo la distancia.

Prosigamos:

que te sueño en altar, como la santa

Patrona que veneran tus zagales,

¡Ah! Se gasta una elipsis este don Ramón que ponen los versos en aprietos; ahora lo entiendo un poco; quiere decir el poeta en buen romance: “Tengo tanta devoción por tu virtud, que te sueño puesta en un altar como la santa Patrona que veneran tus zagales”.

Pero volvamos a los trastrueques o tiquismiquis literarios o poéticos, que para lo malejos que son pueden llamarse de cualquier modo.

Oído a don Ramón:

y así es como mis versos se han tornado
endecasílabos pontificales.

¡Mucha prestidigitación es esa, señor poeta!

Trocarse unos endecasílabos que eran sentimentales en el momento de canonizar a la novia de usted, para pagarle el grande beneficio del primer amor y del deleite de la fragancia que en la noche se exhala de sus tiestos, trocarlos, digo, en pontificales por la devoción que le tiene su Señoría Ilustrísima a la virtud de ella, y por soñarla en altar como la santa patrona, etc., etc., se me antoja el salto de trampolín de un saltabanco (como dicen los académicos).

Hago gracia al lector de no copiar íntegra la composición, sino estos versos, que en punto a poesía coge don Ramón el mango de la sartén y asa la manteca.

Escuchen el chirrío:

¡Quién le otorgará al corazón doliente
cristalizar el infantil anhelo,
que en su fuego romántico me abrasa,

(¡Sopla y atiza!).

de venerarte en el diáfano capelo

(¡Ya apareció el capelo por aquello de los endecasílabos pontificales!).

en un rincón de la nativa casa!

Sí, señor don Ramón, créamelo usted, allí, en ese apartado rincón de la nativa casa, se hubiera dejado su “Canonización” para beneficio de los lectores, decoro de la revista de Eduardo Correa y reposo de mi prosaica pluma. Pero usted quiso estampar “Canonización”, no para canonizar a su novia ¡pobrecita! sino para darse usted el gusto de que lo canonicen como poeta chirle o decadente, que todo viene a ser lo mismo.

Sí, decadente y de los más malitos, como por la muestra se ve; acaso por ellos sube usted a los cuernos de la luna, a los anillos de Saturno y a las siete cabrillas de Sancho Panza “Paisaje leonés” del libro *Nicaragua* de Juan B. Delgado; pues si “Canonización” es una parodia detestable de versos de Lugones y Rubén Darío, el “Paisaje leonés” parece un “Paisaje chino”, de puro artificio, con farolitos de colores, perspectivas imprecisas y fantoches ridículos.

¿Qué no?

Mire usted lo que dice Delgado:

El grave buey camina tirando del carruaje
que Monseñor ocupa. Dócil es a la brida
el animal olímpico...

El buey podrá ser grave, manso, dócil; porque el buey es el animal más paciente de la escuela zoológica después del asno; pero llamarle animal olímpico es un evidente disparate. El buey Apis fue adorado por los egipcios como símbolo de la agricultura y de los fecundos dones del Nilo; esto lo sabe cualquier persona medianamente ilustrada, aunque no escriba paisajes leoneses. [...] todo el Olimpo! ¡Y cuidado que hay animales [!] En el Olimpo [no] existe un buey ni para un “bisteque”, cuando mucho hay toros en la mitología griega: el minotauro, por ejemplo... Y no se me diga que está tomado el epíteto “olímpico” en sentido traslaticio, porque es un contrasentido; pues en ese caso significa: desdeñoso, altanero en sumo grado, y el buey es tan manso como un cordero.

Sigue el “Paisaje... portugués”:

El sol como abanico cierra su varillaje
de rutilantes oros. En el azur caída
está una perla: Venus. Finge la torre erguida
puntuada por la luna, “i” aislada en el paisaje.

A eso se llama decir las cosas del revés. Cuando el sol se oculta, si pareciera un abanico, ¡sopla!, sería con el varillaje abierto (aquí sí hay que abrir el paraguas) pues de tal guisa se vería el varillaje que al señor Delgado se le antojan los rayos del sol al ponerse “en su lecho de múrice y grana”. Es cuestión de óptica y de abanico japonés.

En este símil se trata de ver las cosas al revés; pero en otra imagen, la única bella del cuarteto copiado, encontramos un plagio mal hecho (como todo lo robado) de la “Balada de la luna” de Alfredo de Musset. Dice Delgado:

... Finge la torre erguida

(El cajista se tragó la coma).

puntuada por la luna, “i” aislada en el paisaje.

Y dijo el autor de *Las noches* y de *Los votos estériles* en la “Balada a la luna”: “Oscura era la noche y sobre el campanario amarillento brillaba la luna como un punto sobre una ‘i’”.

Es más sencillo, menos amanerado el símil de Musset, que Delgado al apropiarse lo desvirtúa con el propósito, quizá, de que no lo conozcan críticos cegados y ramplones como el señor Ramón López Velarde; hizo más Delgado: empleó el verbo puntuar (poner puntuación a lo escrito) en vez de puntear o puntar (poner puntos) que es lo que dijo Musset en 1823 y no lo quiso decir el autor de *Nicaragua* en estos tiempos primiseculares.

Antes de meterse a crítico, señor López Velarde, es menester saber muchas cosas: entre otras, un poco de literatura y un mucho de gramática; porque si no resulta cualquiera un Valbuena con peluca y dientes postizos, un Fray Candil con muletas o un Bonafoux con espejuelos ahumados. Sin embargo, usted llama a Delgado el más brillante de nuestros poetas, de muy subidos quilates al “Paisaje leonés”. Y eso huele a tiro de bombo, [...] literaria y a manoseada hipérbole de alquimia, que no todo lo que relumbra es oro, sino simplemente joyas de buhonero trashumante.

Con todo ello queda usted, [...] poeta petardo y crítico... con cataratas (1909, pp. 1-2 y 4).

Uno de los misterios en torno a “*Nosotros y él*” es su autor. La copia digital muestra la última columna cortada y no se alcanza a leer la firma, aunque parece claro que se trata de un pseudónimo. Lo único que se puede leer, aparentemente, son las primeras letras: “El Otr...” Revisando distintos números de *Veracruz Moderno* y de *La Opinión*, no figura pseudónimo parecido en otros textos. Hay más entregas de la columna “Charla Literaria”, pero firmadas por diferentes plumas —*Ginesillo de Pasamonte* escribe elogiosamente sobre *Brozas*, libro de cuentos de José Jesús García, el 4 de abril de 1909, y Ceferino M. Riestra hace lo propio sobre los poemas de *Al calor de las lágrimas* de Juan Ruiz de Esparza, el 18 de abril. Sin embargo, hay otra columna, “Ripios de la corte”, subtitulada a veces “Charla Literaria” y firmada por el pseudónimo *K. Bal. Ito.*, donde se hace crítica de poesía con un estilo muy parecido al que encontramos en la diatriba contra López Velarde y no sería extraño que se tratara del mismo crítico, quizá con otro pseudónimo, como era habitual en la prensa de la época. Curiosamente, una de esas críticas, aparecida el 14 de mayo de 1909, está enderezada contra el poeta espa-

ñol Andrés González Blanco, conocida influencia de López Velarde (Noyola Vázquez, 1988, pp. 17-34); otra, del 5 de julio, contra el chiapaneco Rodolfo Figueroa. Ambas tienen el mismo tipo de humor, la misma clase de lectura verso por verso, expresiones similares y la misma mala leche que la dedicada a López Velarde. No obstante, las colaboraciones más frecuentes de *K. Bal. Ito.*, en *La Opinión*, y seguramente las más leídas, eran sus artículos sobre beisbol, deporte que hacía furor en el puerto en aquellos años.

Aparte de la identidad del crítico, fuera quien fuera, cabría preguntarse quién y por qué tendría interés en censurar tan acremente a un joven poeta que no era nadie en ese momento. ¿Tendría algún motivo para atacar de manera personal a López Velarde —alguna crítica hecha por él, por ejemplo—; o bien se pretendía atacar a alguien más —Delgado, Correa— a través de López Velarde; o bien simple y sencillamente cayó un ejemplar de *Nosotros* en las manos del crítico, le parecieron pésimos los textos lopezvelardeanos y juzgó conveniente tundir a su autor?

Nosotros fue uno de los proyectos editoriales más ambiciosos, a la postre malogrado, de Eduardo J. Correa, periodista y escritor aguascalentense, mentor del joven Ramón. A diferencia de sus periódicos y sus suplementos literarios —*El Observador* y *El Debate*, en Aguascalientes; *El Regional*, en Guadalajara—, *Nosotros* pretendía ser una revista enteramente literaria, de más rigor y mayores alcances. La redacción estaba integrada, además de Correa y López Velarde, por Amando J. de Alba, Enrique Fernández Ledesma y José Flores. El tortuoso alumbramiento de *Nosotros* y su rápida extinción —al parecer publicó un sólo número— puede verse en el epistolario de López Velarde y Correa editado por Guillermo Sheridan (López Velarde, 1991). Comienzan a hablar de ella desde principios de 1908, sale en enero de 1909 y en marzo, ante la mudanza de Correa para Guadalajara, se contempla la posibilidad de que López Velarde asuma la dirección, cosa que nunca ocurre realmente. Después, otros proyectos e inquietudes —por ejemplo, la revolución— ocuparán a los dos amigos.

Sin embargo, López Velarde alcanzó a publicar en *Nosotros* uno de sus poemas juveniles más representativos, el vapuleado “Cano-

nización”, que debió de gustarle especialmente porque se salvó de la purga de la primera versión, no publicada, de *La sangre devota* —el manuscrito de 1910— y llegó a la definitiva —la impresa de 1916. El López Velarde más reconocible está ahí: el cantor de Fuensanta, el poeta que mezcla las esferas de lo religioso y lo erótico, el que recurre a la liturgia católica para transfigurar su impulso sexual. A Fuensanta, “solo faltaba canonizarla, y lo hace. Si la Patrona de Jerez es Nuestra Señora de la Soledad, Fuensanta es (así la llama) ‘Nuestra Señora de las Ilusiones’” (Campos, 2017, p. 32).

Sin ser de los mejores poemas de *La sangre devota*, evidentemente no merece la paliza del sarcástico crítico de “Nosotros y él”. Era esta, no obstante, una clase de crítica de poesía muy común en periódicos y revistas de la época, consistente en tomar un poema y leerlo verso por verso, señalando auténticos o supuestos errores gramaticales, semánticos o sintácticos, prosódicos y retóricos, con un criterio purista o preceptivo —“así no se dividen los versos, no se dice ‘a tu virtud’ sino ‘por tu virtud’, esa elipsis es muy forzada”, etc. El propio joven López Velarde había practicado este tipo de crítica —más fundada que la de su enemigo de *Veracruz Moderno*, eso sí— en “Un vate zacatecano”, tunda a Rafael Ceniceros Villarreal, publicada en *El Observador*, en 1907 (López Velarde, 2004, pp. 485-489). Ahora se la estaban aplicando a él.

El modelo de esa crítica preceptista y peleonera está en los autores citados en la columna: Antonio de Valbuena (1844-1929), crítico político y literario español, de tendencia conservadora, que gustaba de corregir a los académicos —en 1891, publicó una *Fe de erratas del nuevo Diccionario de la Real Academia*— y que se hizo célebre por sus *Ripios*, dirigidos contra medio mundo literario hispánico; Emilio Bobadilla (1862-1921), alias Fray Candil, crítico nacido en Cuba, pero que hizo su carrera en España, donde famosamente tuvo un duelo con *Clarín*, a quien derrotó, y cuyos títulos hablan por sí mismos —*Capirotaños*, *Triquitraques*, *Escaramuzas*—; y Luis Bonafoux, de orígenes franceses y venezolanos, autor de *Casi críticas* y *Bombos y palos*, también enemigo declarado del autor de *La Regenta* —en 1888, escribió un libro titulado *Yo y el plagiarío Clarín*. El autor de “Nosotros y él” es un aspirante a este tipo de crítico.

Unos de los aspectos más curiosos de la columna es que acuse a López Velarde de “poeta decadente”, cosa que el joven Ramón abominaba. Hacía menos de un año, en mayo de 1908, había escrito, en “Palabras en homenaje a Luis Rosado Vega”:

Yo, a ciencia cierta, no sé por qué campos de arte llevo la bandera de mi sueño: lo mismo me regalo con las manzanas de la retórica de los clásicos que con los hermosos productos mitad psicológicos, mitad literarios, de los jardines modernistas. Pero sé distinguir entre el modernismo racional y el que con exactitud es llamado *decadentismo*. El primero sabe que las cortapisas gramaticales tienen razón de ser, es amante de la vida y ejerce con llaneza la versificación. A esta pertenecen los trabajos de diversos matices, de Urbina, Villaespesa, Rosado Vega y casi siempre los de Nervo. En la otra manifestación del modernismo, nadie podrá ver, por más que abra y fije los ojos, sino la sombra casi impenetrable del lenguaje, el desprecio sistemático de las leyes del buen decir, los conceptos en tejidos de completa locura, y el culto a la muerte, sin consuelos en esta vida, sin esperanza de resurrección para la otra. Es aquí donde se proclama la bondad de los crímenes, la excelencia de los vientres infecundos, la vida como suplicio odioso.

Esto no puede ser arte, porque es antihumano (López Velarde, 2004, p. 490).

En fin, que todo mundo, hasta el entonces joven y sano Ramón, podía ser el decadente de alguien más.

Pero “*Nosotros y él*” no busca solamente descalificar a López Velarde como poeta, sino como crítico. Aunque nunca dejó de hacer crítica –todavía en 1920 y 1921, año de su muerte, reseñó algunos libros en *México Moderno*, entre ellos, raíz de una de nuestras más célebres enemistades literarias, *El plano oblicuo* de Alfonso Reyes (Pacheco, 2018, pp. 23-33)–, el impulso crítico de López Velarde se fue aminorando con los años, sobre todo el de criticar negativamente, señalando errores o defectos, lo que típicamente está muy presente en sus reseñas juveniles.

En *Nosotros*, publicó cuatro breves notas bibliográficas: de *Pajarito*, novela del veracruzano Cayetano Rodríguez Beltrán; de *Pro-*

celarias, libro de poemas de José María Pino Suárez, futuro vicepresidente de la República; de *Troqueles antiguos*, de Ignacio Pérez Salazar, y obviamente de Juan B. Delgado, y *El país de Rubén Darío* —título original del libro, no *Nicaragua*, como aparece tanto en el texto de López Velarde como de su detractor de *Veracruz Moderno*. La primera no es negativa ni positiva, sino todo lo contrario, aunque en carta a Correa confesó que realmente la novela no le había gustado ni la había terminado de leer (López Velarde, 1991, p. 83); la segunda, parecida, intenta ser equilibrada y acaba condescendiendo con la obra, aunque también termina reconociendo frente a su corresponsal que no era de gran valor (p. 94); la del árcade Pérez Salazar es enteramente negativa: “la vulgar psicología, los pájaros bobos, los cielos insulsos y las aguas y los árboles fastidiosos del señor Pérez Salazar no son sino la caricatura de la gran escuela clásica” (2004, p. 503); y la del queretano Juan B. Delgado, diplomático y también árcade, abiertamente elogiosa, como queriendo subrayar que el problema no era el neoclasicismo, sino quién lo practicaba.

Una cuestión final es por qué la reseña de Delgado fue la que despertó la furia del crítico de *Veracruz Moderno*. ¿Sencillamente porque en verdad le parecían disparatados los elogios de López Velarde o porque tendría algo en contra de Delgado previamente y era éste, no tanto su desconocido panegirista, el verdadero blanco? Acaso algún lector del árcade Alicandro Epirótico esté más enterado sobre sus pleitos y enemigos.

En los años por venir —cuando publique en los principales medios de la capital, aparezcan sus libros y se vuelva un poeta reconocido—, no faltarán críticas a López Velarde, como las que, en 1918, llevaron a cabo, en serio y en broma, los jóvenes gonzalezmartinistas de la revista *San-Ev-Ank*: Jaime Torres Bodet y Octavio G. Barrera, entre otros —*San-Ev-Ank* [1918]. *Revista Nueva* [1919] (1979, pp. 145 y 267)—; o la que el propio Enrique González Martínez hizo gravemente a raíz de la aparición de *Zozobra* (Phillips, 1962, pp. 47-48). Sin embargo, en la historia crítica de Ramón López Velarde ese “poeta petardo y crítico... con cataratas”, “*Nosotros y él*” y su elusivo autor habrán de figurar forzosamente en los primeros lugares. ➤➡

REFERENCIAS

- ANÓNIMO, (1909, marzo). Charla Literaria. *Nosotros y él. Veracruz Moderno. Suplemento dominical de La Opinión*. 1-4. Veracruz. <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a393?pagina=558a36577d1ed64f16c6ae58>
- ANÓNIMO, (1916, 25 de noviembre). Obituary Notes. *The Editor & Publisher*, 34. New York.
- CAMPOS, M. A. (2017). *El tigre incendiado. Ensayos sobre Ramón López Velarde*. Ciudad de México: Ediciones Sin Nombre/Secretaría de Cultura.
- GINESILLO DE PASAMONTE (1909, abril). Charla Literaria. José Jesús García. *Veracruz Moderno. Suplemento dominical de La Opinión*, 2-3. Veracruz. <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a393?pagina=558a36587d1ed64f16c6c53e&coleccion=>
- K. BAL. ITO. (1909, mayo). Ripios de la Corte. Charla Literaria. *La Opinión*, 1 y 4. Veracruz. <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a393?pagina=558a365a7d1ed64f16c6e2a0&coleccion=>
- K. BAL. ITO. (1909, julio). Ripios de la Corte. *La Opinión*, 2. Veracruz. <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/visualizar/558075be7d1e63c9fea1a393?pagina=558a365b7d1ed64f16c6fbaa&coleccion=>
- LÓPEZ VELARDE, R. (1991). *Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles*. (Guillermo Sheridan, Ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- LÓPEZ VELARDE, R. (2004). *Obras*. (José Luis Martínez, Ed.). México: Fondo de Cultura Económica.
- PACHECO, J. E. (2018). *Ramón López Velarde. La lumbre inmóvil*. Ciudad de México: Era/Secretaría de Cultura.
- PHILLIPS, A. W. (1962). *Ramón López Velarde, el poeta y el prosista*. México: Instituto Nacional de Bellas Artes.
- RIESTRA, C. M. (1909, abril). Charla Literaria. *Al calor de las lágrimas. Veracruz Moderno. Suplemento dominical de La Opinión*, 1 y 4. Veracruz. <https://hndm.iib.unam.mx/consulta/publicacion/>

“Poeta petardo y crítico... con cataratas”: una invectiva contra...

visualizar/558075be7d1e63c9fea1a393?pagina=558a36597d1e-
d64f16c6cff5&coleccion=

SAN-EV-ANK [1918]. Revista Nueva [1919]. (1979). [Ed. facsimilar].
México: Fondo de Cultura Económica.